EL TERREMOTO DE LISBOA Y EL JUICIO DE LOS TÁVORA

18 DE AGOSTO 2024

Carlos F Fàbregas

El año pasado, en compañía de mi hijo Carlos, visité Portugal por primera vez, recorriendo varias ciudades y, por supuesto, su capital, Lisboa. Mientras estaba en el Museo del Azulejo, en una de sus salas encontré un rótulo que indicaba que los azulejos expuestos habían sido rescatados del terremoto de Lisboa.

En ese momento descubrí uno de los sucesos más terribles y catastróficos que habían ocurrido en esa hermosa ciudad. Decidí escribir sobre este tema y averiguar todo lo que había sucedido en esa época con respecto al terremoto.

Considerado uno de los eventos sísmicos más devastadores de la historia de Europa y del mundo, el terremoto de Lisboa ocurrió el 1 de noviembre de 1755 (Día de Todos los Santos), alrededor de las 9:40 a.m. El epicentro se situó a unos 250 km de la costa portuguesa y su duración fue de entre tres minutos y medio y seis minutos.

Los edificios se desplomaron abriéndose grandes grietas y la población corrió hacia los muelles en busca de refugio. Además, observaron que el agua comenzaba a retroceder. Cuarenta minutos después del terremoto, tres tsunamis con olas de entre 6 y 20 metros de altura inundaron el puerto y las zonas del centro, remontando el río Tajo.

En las áreas que no fueron afectadas por el maremoto surgieron incendios, principalmente debido a la cantidad de velas encendidas en las iglesias. Las llamas persistieron durante cinco días en la ciudad.

La población de Lisboa en ese momento era de aproximadamente 275,000 habitantes. Se calcula que unas 90,000 personas murieron en la ciudad, mientras que otras 10,000 fallecieron en Marruecos y 1,000 en Ayamonte (Huelva, España). Además, se registraron daños en varios puntos del sur de España y en toda la península ibérica.

El impacto del terremoto tuvo consecuencias profundas en la mentalidad de la sociedad de la época. Muchos cuestionaron las interpretaciones teológicas y filosóficas del desastre, especialmente porque la ciudad fue golpeada en el Día de Todos los Santos, una festividad religiosa muy importante. Este evento también influyó en el pensamiento de la Ilustración en toda Europa, planteando preguntas sobre la justicia divina y la naturaleza del sufrimiento humano. Gracias a este evento, los estudios sobre sismología avanzaron significativamente en Portugal y en el resto del mundo.

JOSÉ I, REY DE PORTUGAL

Cuando ocurrió el terremoto, José I era el rey de Portugal. Nació en Lisboa el 6 de junio de 1714, hijo del rey Juan V y de María Ana de Austria. En 1729, se casó con la infanta española Mariana Victoria de Borbón, hija de Felipe V de España.

José I era un católico devoto y ascendió al trono a la edad de 35 años tras la muerte de su padre. Inmediatamente después de convertirse en rey, José I nombró a Sebastião José de Carvalho e Melo como primer ministro. Carvalho e Melo había sido embajador de Portugal en Londres y Viena. En 1749, fue designado ministro de Relaciones Exteriores por recomendación de la reina madre.

A diferencia de su padre, José I tenía un gran aprecio por su nuevo ministro y le otorgó el control del Estado debido a su experiencia en desarrollo económico y político en las grandes potencias europeas. Posteriormente, Carvalho e Melo fue nombrado primer ministro del reino.

A pesar de su competencia, Carvalho e Melo no era aceptado por la aristocracia de la época debido a su origen como hijo de un hacendado rural. El primer ministro veía a la nobleza como un grupo corrupto e incapaz de tomar medidas prácticas. Antes del terremoto, existía una lucha constante por el poder y el favor real. Sin embargo, la respuesta competente de Carvalho e Melo, también conocido como el Marqués de Pombal, eliminó cualquier posibilidad de que la aristocracia tomara el control.

La oposición y el resentimiento hacia el rey José I comenzaron a manifestarse, lo que culminaría con un intento de asesinato por parte del Duque de Aveiro y la familia Távora.

La familia real portuguesa escapó ilesa del terremoto, ya que el rey y la corte habían salido de la ciudad después de asistir a misa al amanecer. Cumpliendo el deseo de una de las hijas del rey de pasar el Día de Todos los Santos lejos de Lisboa, José I desarrolló una paranoia a vivir bajo techo. La corte fue acomodada en un enorme complejo de tiendas y pabellones en las colinas de Ajuda, cerca de Lisboa. La paranoia del rey nunca disminuyó y, hasta después de su muerte, su hija María I no comenzó a construir el Palacio de Ajuda en el sitio del antiguo campo de tiendas.

La capital se reconstruyó por completo, pero a un costo elevado, siguiendo las directrices del Marqués de Pombal.

LOS JESUITAS EN PORTUGAL

Uno de los jesuitas más famosos de esa época fue el padre Gabriel Malagrida, de origen italiano, quien fue misionero en Brasil y predicador en Lisboa. La influencia que el padre Malagrida tenía en la corte portuguesa no era del agrado del primer ministro, el Marqués de Pombal, especialmente debido a los trabajos que el jesuita había realizado entre la población indígena y negra en contra de la esclavitud.

Con el terremoto de Lisboa, el padre Malagrida vio una oportunidad singular para exhortar a la población a cambiar sus costumbres, argumentando que el sismo había sido un castigo divino. Esto contradecía los folletos que el gobierno había mandado a imprimir, indicando que el terremoto había sido causado por razones naturales y no divinas.

El padre escribió una pequeña obra llamada *Juízo da verdadeira causa do terremoto*, en la cual atribuía la catástrofe al castigo divino, al mismo tiempo que defendía la realización de procesiones y ejercicios espirituales. Para el gobierno, el padre Malagrida obstaculizaba cualquier avance en la reconstrucción de Lisboa.

En 1757, el Marqués de Pombal convenció al rey para que desterrara al padre Malagrida a la ciudad de Setúbal y despidiera a todos los jesuitas de la corte. Al año siguiente, el rey de Portugal sufrió un atentado, lo que profundizó la desconfianza hacia la orden. El 14 de noviembre de ese mismo año, el rey emitió un decreto que expulsaba a los jesuitas de Portugal y sus dominios en América.

En las misiones jesuitas en Paraguay había minas de oro y el gobierno portugués quería acceder a ellas, por lo que firmó un acuerdo con España que eliminaba dichas misiones. Esto provocó una revuelta de los indígenas guaraníes que vivían allí, y las autoridades acusaron a los jesuitas de instigar los alzamientos. En resumen, los jesuitas enfrentaron persecución y expulsión en Portugal debido a

tensiones políticas y conflictos relacionados con las misiones en Paraguay y el terremoto de Lisboa. Su historia es un testimonio de los desafíos que enfrentaron en esa época tumultuosa.

EL JUICIO A LA FAMILIA TÁVORA

El rey José I tenía una amante llamada Teresa Leonor Távora, miembro de una familia muy antigua y de mucho prestigio en Portugal. Además, eran enemigos acérrimos del Marqués de Pombal.

El 3 de noviembre de 1758, mientras el rey regresaba de una visita a su amante, fue emboscado por unos malhechores que le provocaron heridas con armas de fuego. Este atentado desencadenó un proceso sumarísimo y, en tan solo cuatro meses, se llevaron a cabo ejecuciones en las casas de tres familias nobles: los Távora, los Atouguia y los Aveiro.

Los acusados fueron condenados en Belém el 13 de enero de 1759. A pesar de la creación de un tribunal para juzgar a los miembros de estas familias, los jueces no pudieron probar la culpabilidad de los acusados. Las evidencias eran débiles o, en algunos casos, inexistentes, basándose en deducciones a partir de fragmentos de cartas, mensajes y confesiones obtenidas bajo tortura.

El 12 de enero se redactó la sentencia, se comunicó a los acusados y, al día siguiente, el 13 de enero, se ejecutó en una explanada de madera construida en Belém. Las condenas incluyeron castigos brutales: el Duque de Aveiro, el Marqués de Távora, su hijo Luis Bernardo, José María Távora y el Conde de Atouguia debían sufrir la rotura de huesos en piernas, brazos y pecho con una maza, atados a ruedas, para luego ser quemados y reducidos a cenizas. A Leonor le cortarían la cabeza con una espada y luego la expondrían y quemarían. Los sirvientes de los nobles también enfrentaron la misma pena.

Además de las ejecuciones, se confiscaron todos los bienes de las familias y se prohibió el uso del apellido Távora. Sus casas fueron derribadas y los solares sembrados de sal. El Palacio del Duque de Aveiro en Belém, cerca del Monasterio de los Jerónimos, fue demolido y en su lugar se erigió una columna.

Estas ejecuciones conmocionaron a las monarquías europeas. Posteriormente, el primer ministro Carvalho e Melo fue nombrado conde de Oeiras y, más tarde, Marqués de Pombal. La Compañía de Jesús fue expulsada de Portugal en 1759, y el sacerdote jesuita Gabriel Malagrida fue juzgado por la Inquisición como hereje y falso profeta, siendo quemado vivo en 1761 en una plaza de Lisboa.

Tras la muerte del rey José I, su hija, la nueva reina María I de Portugal, expulsó al Marqués de Pombal del gobierno y lo envió al exilio. Además, ordenó la revisión del proceso Távora, y los jueces encontraron inocentes a los Távora y al conde de

Atouguia debido a la falta de pruebas. La memoria de la familia Távora fue restituida, devolviéndoles los títulos y bienes que les correspondían.

El Marqués de Pombal falleció el 15 de mayo de 1782.